

---

## CAPITULO LVII.

---

### EL EMPERADOR DE RUSIA EN PARÍS.

Son los primeros días de Junio de 1867. El Czar de todas las Rusias acaba de llegar á París entre dos filas de aquellos soldados que tomaron á Sebastopol; entre seiscientos mil franceses de aquellos que pidieron cuatro años antes la guerra por Polonia. El día 1.º de Junio de 1867 era un día bellissimo y no pueden imaginarse los habitantes de los pueblos meridionales, en verdad, lo que un día bellissimo vale allí, en París, donde el barro mancha de continuo el suelo y las nubes manchan de continuo los aires. París entero, el París oficial que es crecido, el París ocioso, que es todavía más crecido, y el París de extranjeros que sobrepaja á los dos anteriores, habia, no llenado, henchido las calles, en términos que era difícil hasta para los carruajes de la corte, el paso entre aquellas muchedumbres, en unos puntos apiñadas como las piedras de sólido muro, y en otros móvedizas y tumultuosas como el hervidero de embravecido oleaje.

La nación de 1789, la que en la noche del cuatro de Agosto enterró con soberano aliento los privilegios feudales, grabando en la

conciencia humana la idea de igualdad, mostraba tal número de bordados, uniformes, bandas, placas, distinciones despreciables para los varones de ánimo fuerte, que cualquiera hubiese creído encontrarse, no en el pueblo de los revolucionarios, sino en pueblo compuesto exclusivamente de lacayos. Bien es verdad que en el fondo de ese París tan calumniado, se hallan innumerables muchedumbres de trabajadores, los cuales encerrados en sus talleres, al son del martillo, al empuje del telar, al correr de la lanzadera, se acordaban acaso del Czar de todas las Rusias solamente para maldecirlo, desde la cueva del trabajo, que, á manera del pesebre de Belen convertido en altar por el sublime hijo del carpintero, ha de ser en lo porvenir más grande y más respetada que lo son hoy los sombríos palacios de los reyes.

En los edificios públicos se veian estrechamente enlazadas las banderas de Francia con las banderas de Rusia, extraño contubernio que haria palpitar de horror en su tumba á los vencidos en Leipsik, á los

muerdos sobre los hielos del Berecina. Como en Francia pueden llamarse edificios públicos las tabernas, los cafés, las tiendas, por el soberano imperio que en todas partes, y muy especialmente en el pequeño comercio, ejerce la policía, el número de banderas no dejaba de ser bastante considerable. Digamos en honor de la población que ni una sola flotaba en las casas particulares. Casualmente la aristocracia polaca que ha podido salvarse de las garras del Czar, habita los barrios más nobles de París; los sacerdotes que no han sido asesinados al pie de los altares llenan las iglesias; y una gran parte del pueblo de Varsovia suspira, en los arrabales de la capital de Europa, por la ausente sacrificada patria. Pocos días antes de esta ceremonia oficial, en el bosque de Montmorency, no lejos de los sitios donde Rousseau había meditado las páginas del Contrato social, ese evangelio de la Revolución, casi al mismo tiempo en que Kociusko notificaba al mundo, en un grito sublime de angustia, la muerte de Polonia; el crimen más odioso cometido por los reyes, la injuria más infame escupida á los pueblos; en el bosque de Montmorency, decía, envolvíanse en el polvo del frío é ingrato suelo del destierro las cenizas del poeta nacional de Polonia, de Mikrewitz, que con sus cánticos, con sus sublimes invocaciones á lo pasado, con sus religiosas profecías de lo porvenir, llenando los aires con los sombras de los héroes, que salvaron á la Europa occidental de los tártaros y de los turcos, y con los clamores de desesperación que hoy lanzan desde sus hierros los esclavos hijos de esos héroes, demostró al mundo en versos inmortales, á la manera de esos profetas bíblicos bajo la cautividad de Babilonia, que la omnipotencia de los tiranos, por incontrastable que parezca, no alcanza á extinguir el inmortal espíritu de un pueblo. Al pie del sencillo monumento arrojaron Víctor Hugo, Michelet, Edgard Quinet, desde el destierro también, esos pensamientos inmortales,

esas lágrimas del génio, más duraderas que los diamantes de las coronas de los reyes, lágrimas que caen como una lluvia consoladora sobre los dolores humanos, y que descomponen los eternos matices de otra luz más bella aún que la luz material, de la eterna luz de las ideas.

Junto á esta oración consagrada al génio muerto, ¿qué vale, ni qué importa la oración consagrada al poder vivo? ¿Cuánto tiempo durarán los aplausos confiados al viento por muchedumbres siervas al lado de los pensamientos confiados á la eternidad por génios inmortales? Muchedumbres que los aplaudieran han tenido desde Tiberio hasta Rosas, pero esas muchedumbres han desaparecido en el abismo donde se pierden las corrompidas mareas sociales de épocas protervas. Y las elocuentes imprecaciones de Florencio Varela, y los sonoros versos de Mármol en el lenguaje imperecedero de la elocuencia y de la poesía, execrarán eternamente por las márgenes del Plata el recuerdo del tirano, y transmitirán, de generación en generación, de gente en gente, el inextinguible horror á su memoria. Así Tiberio hubiera dado todas las infames muchedumbres, que le aplaudían en el circo, y todos los viles cortesanos que le lamian los pies en el Senado, por una página de Tácito, ese juez inflexible como la conciencia humana, que lo está atormentando eternamente en el eterno infierno de su Historia.

La estación del camino de hierro se hallaba tapizada de paño carmesí bordado de abejas de oro. Oficiales de todos los ejércitos europeos, cortesanos de todos los reyes, diplomáticos de todas las cortes acudían con sus respectivas embajadas á recibir al Czar. Los cazadores de Vincennes con sus uniformes azul-oscuro y sus plumas negras; los fusileros con sus pantalones rojos y sus chaquetas verdes; los guías de á caballo con sus casacas blancas y sus plumas carmesíes; los cien guardias con sus levitas celestes llenaban de abigarrados colores todas las cercanías de la

estación del Norte. Si el Czar no fuera cismático, y por ende enemigo de Roma, el eleiro se hubiera unido en la oración á esa otra milicia vestida de color de sangre, para rendir homenaje á uno de los monstruos de la fuerza que con más éxito han logrado torturar la conciencia humana. A las cuatro el Emperador Napoleón se dirigía, en gran coche de gala precedido por otros muchos, á la estación del Norte. ¿Pensaría en aquel momento solemne, pensaría, digo, en los errores del primer Emperador, del hombre extraordinario que fundó el poder de su raza y de su familia? Superficialmente mirado el suceso, un Emperador de Occidente iba á recibir á un Emperador de Oriente, un César á un Czar, como si la obra de Diocleciano estuviera aún de pie, y el mundo dividido entre el Emperador que protege al Pontífice de Roma, y el Emperador que protege al Patriarca de Constantinopla.

Pero cuando nuestra mirada penetra más hondamente en lo porvenir; cuando ve que la rivalidad histórica de razas y de pueblos nos amenaza siempre con una guerra universal, pregúntase anheloso el incierto ánimo si Napoleón III recibe en sus palacios á un huésped, ó si recibe á un aliado. No tratemos de forjarnos ilusiones; la paz de Europa no está asegurada. Cuando vemos en la Exposición universal moverse las máquinas á impulsos del vapor ó á impulsos del agua; cuando pasan deslumbradores ante nuestros ojos los cuadros y las estatuas de todas las naciones; cuando los instrumentos músicos elevan coros que más parecen ecos del espíritu universal; cuando desde la gasa india hasta el tejido británico, todos los portentos de la industria, todos los milagros del trabajo, que han purificado y embellecido el planeta, amoldándolo al espíritu humano, pasan como otras tantas esperanzas á nuestros ojos, creemos que la guerra, ese monstruo hambriento, ha muerto, cogido entre los dientes de las ruedas, entre las planchas de la máquina,

aprimado por esos continuadores de la creación divina, por esos legionarios del progreso humano, por los grandes artífices de lo porvenir que se llaman trabajadores. Pero cuando veo que hay coronas, que hay Césares, me río interiormente de todas las esperanzas de paz, y preveo que dentro de poco hemos de volver á vernos, pobres naufragos, á la luz de los incendios, ahogándonos en océanos de sangre. ¿Pensaría esto mismo el Emperador Napoleón, al recibir á su huésped?

Pero es bien difícil adivinar lo que pensaría Napoleón III en su camino desde las Tullerías á la estación del Norte. Él llevaba el gran cordón de San Andrés, y el Czar llevaba el gran cordón de la legión de honor al cuello. ¿Quién se atrevería á recordarles la soga que lleva al cuello la infeliz Polonia? El emperador de Rusia es alto, grueso, rubio, de cierto aire desenfadado y militar muy pronunciado, y de esas maneras imperiosas que engendra naturalmente el arte de mandar sin responsabilidad y sin contradicción. En la estación del Norte hubo muchos saludos respetuosos y algunas aclamaciones ruidosísimas. El pueblo francés ama mucho el ruido. No le dejan que lo mueva con sus discursos y lo mueve con sus vítores. Pero si en el baile que por aquellos tiempos diera la embajada inglesa había ciento sesenta señores de la policía secreta, encargados de velar por el príncipe de Gales, no será mucho suponer que en la estación del Norte habría ciento sesenta mil esclavos de la policía secreta, encargados de vitorear al emperador de Rusia.

Lo cierto es que en la plaza de la Concordia, en el sitio más admirable de todo París, donde nosotros descubríamos desde el pescante de un coche todo el espacio y abrazábamos de una mirada todo aquel mar de cabezas, no vimos una sola que se inclinara, no oímos un solo viva que demostrase el entusiasmo público. Cuando pasó por la plaza de la Concordia quizá se fijaron los ojos del Czar en el obelisco de Laxon, quizá en el

Arco de la Estrella. Pero debió detenerse en la gran fuente de la izquierda. Allí, por esa ley tremenda de la solidaridad, de la herencia, por ese blasfemo error en que han fundado su poder eterno las dinastías históricas, Luis XVI pagó en un cadalso los crímenes de todos los monarcas. Sólo Dios sabe cuánta parte tuvo en esta expiación de un día, que pagaba los errores de siglos, el asesinato de Polonia, que unos reyes perpetraron y que otros reyes consintieron. En pueblos como Rusia no hay convenciones, no hay tribunales revolucionarios. Pero hay algo más horrible, hay hermanos que matan á sus hermanos, hijos que asesinan á sus padres. Si amontonara Alejandro II los cadáveres de sus parientes, que han sido como las gradas de su trono, se quedaria horrorizado, por poco horror que inspire la muerte al que tiene la costumbre de degollar á un pueblo. Escenas horribles las de Moscow. Alejandro y Nicolás han subido al trono resbalándose sobre su propia sangre. Nadie sino Dios también puede saber cuánta parte tiene en estos horrores la horrible crucifixión de Polonia. La demen-

cia es la sombra que sigue de cerca á la tiranía.

Yo hubiera llevado al Czar de todas las Rusias á la sección francesa de pinturas en la Exposición universal. Hay allí un magnífico cuadro. Es una plaza de Varsovia. En el centro se alza un monumento, una columna que recuerda aquellos días gloriosos en que la caballerescas Polonia salvaba de los tártaros á esa Europa occidental que hoy la abandona á los tártaros. Todos los polacos están de rodillas, sin armas, exhalando del pecho un *Te-Deum* y ofreciendo á Dios resignados el holocausto de sus vidas. Los cosacos disparan sobre ellos, é innumerables víctimas, ancianos, mujeres, niños, caen sobre charcos de sangre entre unas nubes de humo, pronunciando el dulce nombre de una patria que no podrán encontrar ¡heróicos mártires! sino en la inmensidad de los cielos, en el seno del Eterno.

Pero se me olvidaba, no ha nacido todavía un tirano que tenga conciencia. Pues qué, ¿existiria el despotismo sin esa ceguera en el alma con que nacen los déspotas?

## CAPITULO LVIII.

### UNA TENTATIVA DE REGICIDIO.

El jueves, 6 de Junio, París entero se habia trasportado al grandioso bosque de la modesta Boulogne. Sesenta mil soldados congregaban en torno de sus vistosos cuadros, un millon de espectadores y unos ochenta mil carruajes, sin contar las locomotoras que echaban á la puerta del bosque sus nubes de humo y sus rios de gente. La antes solitaria selva gala parecia una ciudad de follaje en la cual se reconciliaban el hombre y la naturaleza. Bien es verdad que esta reconciliación entre el ciudadano ahumado de gas y saturado de carbónico, y la campiña saturada de oxígeno, resultó en daño de la última, á pesar de lo mucho que le conviene al mundo vegetal absorber nuestro aliento. Los montones de yerba seca fueron primero asaltados por los que deseaban descubrir un largo espacio y luego destruidos por los que no habian podido asaltarlos. La yerba verde, humedecida aún por el rocío, se agostaba casi bajo el peso de tantos cuerpos como caian sobre ella rendidos por la fatiga. Las inmensas columnas de espectadores no respetaban ni los cercados, ni las flores, ni los arbustos. Hasta las ramas de los

altos árboles crujian y se desgajaban al peso de los más atrevidos, ó de los más curiosos. Entre las encinas no se veia la hoz sagrada cortando el muérdago, ni el túmulo celta donde reposaban los dioses, ni la fugitiva luna saludada por los coros de las sacerdotisas, ni las almas inmortales que hacian vibrar con su aliento las verdi-negras hojas, sino ridiculos galanes y pequeños sombrerillos á la última moda, que jamás hubieran inspirado á Luciano sus admirables descripciones de un bosque de las Galias. Y cuidado que, digan lo que quieran, cuántos echan de ménos el antiguo París con sus calles sombrías y el antiguo bosque de Boulogne con sus siniestros ladrones; ¡cuidado que es bello este inmenso paseo! Aquí una alameda de tiles, y más allá otra de sicomoros; caminos tortuosos cubiertos de dorada avena serpentean hácia todas partes rematados por festones de yerba; la pradera extiende á cada paso una verde alfombra que convida al reposo, especialmente cuando el ciervo casi viene á vuestros piés y la paloma casi baja á vuestras manos, animales por la muchedumbre domesticados; el